

primitivamente de los demás pueblos italianos, de quienes tomaron, ó á quienes dieron dioses más adelante. Sus doctrinas religiosas, eco lejano de las grandes teogonías asiáticas, proclamaban la existencia de un ser supremo, Tinia, el alma del mundo, que tenía por consejeros los llamados *dii consentes*, personificación de las fuerzas de la naturaleza presente, destinadas á perecer con ella; porque la creencia escandinava y oriental de la destrucción y de la renovación del mundo se encontraba también en Etruria.

Estos dioses *consentes* podían lanzar el rayo, pero no más de uno á la vez. Solamente Tinia, que se confundía con Júpiter, manifestaba su voluntad con tres rayos consecutivos. Así, se le representaba con un rayo de tres puntas en la mano. A su lado se sentaban Talna ó Juno, Menafu ó Minerva, su divina familia. Vejovis era el sol maléfico; Summano, el dios de la noche y de los truenos nocturnos; Setlans ó Vulcano, el grande herrero; Nortia, la Suerte ó la Fortuna, etc. Por un raro contraste, Nortia prestaba las paredes de su templo para limar el clavo sagrado, que marcaba el orden inflexible del tiempo y la vuelta regular de los años. Más arriba, ocultas en las insondables profundidades del cielo, misteriosas deidades cuyo nombre no se pronunciaba, los *dii involuti* ó dioses velados, desempeñaban las funciones del destino, á que estaban sujetos los dioses mismos, y servían para explicar el inexplicable misterio de la vida.

El hombre de todos los tiempos ha querido salvar el umbral de la muerte y mirar á la parte de allá lo desconocido. Cuanto más incierta y confusa era su vista, tanto más numerosos y varios eran los fantasmas que su imaginación le ofrecía. Creyendo que la muerte separa dos cosas distintas, pero no en absoluto diferentes, el cuerpo que cae inanimado, y el otro yo, el de los sueños, el de los recuerdos y esperanzas, que subsiste (1), se consideraba este otro yo como forma de una sustancia corporal. Excepto Pitágoras y Platón, todas las filosofías, todas las religiones de la antigüedad clásica y aun algunos de los Padres de la Iglesia, admitían la corporalidad del alma. Sombras impalpables, y sin embargo materiales, los genios eran como una segunda hurañidad que poblaba el universo invisible. Vese uno en una pintura etrusca, que representa dos ancianos llorando á un muerto, cuyo genio vuela por encima de ellos bajo la forma de una mujer alada.

Los Lares eran los genios de la familia; los Manes, los de los seres que se habían perdido. Genios habitaban los bosques, las fuentes, las grutas misteriosas; los romanos se los

(1) Esta fué la más antigua creencia de Egipto, y se encuentra en todas partes. «Aunque un filósofo se atreviera á decir en tiempo de la construcción de las pirámides: — De los que cayeron en el sepulcro ¿hay alguno que haya vuelto?— todo el Egipto creía que había una clase de seres, que no eran vivos ni muertos. Los muertos que habían sido buenos, durante su vida, podían á su voluntad recobrar la existencia terrestre en todos los lugares y bajo todas las formas que les convinieran. (Chabas, *Las máximas del escriba Ani*, en *Misc. de Egipto*, p. 171.)» Esta creencia era popular en Grecia, donde muchos sarcófagos y urnas funerarias muestran á un muerto en cierto modo divinizado. (Ravaisson, *Mon. de Myrrhine*), y todavía corría el mundo en el siglo XVI. Hay, dice Guichardin (*Ricordi politici*, cxxi), hay seres aéreos que conversan con los hombres; lo sé por experiencia. Existe también en China. Para enviar á las manes de los muertos oro ó plata al otro mundo, quemábase papeles de sacrificio, que son dorados ó plateados y se preparan para ellos en ciertos días, como se hacía en Roma, comidas á los que creen que asisten. Mas para que no abusen se disparan petardos y con esto vuelven á los lugares de que vinieran. En cuanto á los esquimales, todo el mundo está poblado de genios y cada objeto tiene el suyo. En nuestros días hay también gentes que pretenden conversar con los espíritus. Por muchos conceptos la distancia entre el bárbaro y el culto es menor de lo que se piensa.

darán á todo lo que tenga una especie de vida colectiva, á la curia, á la legión, á la cohorte. Entonces cada hombre y cada cosa tendrá el suyo.

Cuando los dioses salieron de la penumbra que los envolvía en los antiguos días y las teogonías pusieron orden en el pueblo divino, vinieron á ser los genios los ministros de su voluntad benéfica ó terrible. La sombría imaginación de los etruscos gustaba de representar en sus vasos y pinturas murales genios infernales armados de serpientes, monstruos espantables, un Caronte horrible que arrastraba los muertos á los infiernos, ó que armado de pesado martillo asistía á los sacrificios humanos para rematar á las víctimas no acabadas por el cuchillo (2). Algo de aquel genio lúgubre parece haber sobrevivido en la Toscana moderna. ¿Qué son las gorgonas y las horribles pinturas de los etruscos en comparación de los formidables cuadros del Dante y de Buonarroti?

Una diferencia esencial entre esta religión y los cultos asiáticos era la ciencia augural. Lo desconocido espanta al niño y atrae al hombre, que le teme también, pero busca en él, según la edad del mundo, lo maravilloso ó la ciencia. Ahora bien, los hombres de aquel tiempo estaban en la edad de lo maravilloso y pedían á los fenómenos físicos, en lugar de una revelación de las leyes de la naturaleza, la del porvenir.

Los asirios creían leer en las estrellas esos impenetrables secretos; buscábanlos los etruscos en los fenómenos terrestres, en el vuelo de los pájaros, en las entrañas de las víctimas. Los griegos y los italianos practicaban ambos géneros de adivinación; pero los etruscos precisaron sus reglas é hicieron de ellos un complicado arte. Eran, sobre todo, hábiles en interpretar los signos suministrados por el rayo y los relámpagos (3). Cuando los ecos del Apenino repetían el rumor del trueno nocturno, era que hablaba el dios *Summano* y era preciso comprender su voz.

Este país tan á menudo espantado entonces por los terremotos y donde á causa de las frecuentes tempestades, todavía hace tantas víctimas el rayo, esta tierra tan fértil y siempre amenazada, debía más que ninguna otra alimentar los terrores religiosos. Túvose fe en un poder oculto que manifestaba su voluntad fuera del orden regular de las cosas, y el arte de explicar los prodigios, de ganar el favor de este poder temible, vino á ser la ciencia suprema (4). Solamente los grandes la conocieron, y en sus manos vino á ser un arma mucho tiempo infalible contra las innovaciones populares. En estos rituales todo estaba previsto, porque el sacerdote, para asegurar mejor su poder, no quería que hubiera aquí una sola acción indiferente; y una vergonzosa superstición gravitaba sobre el pueblo, ató su lengua, su espíritu y hasta sus movimientos. Pero cuanto más oneroso había sido el yugo, tanto más violenta fué también la sublevación: á la fe ciega sucederá la más audaz y desenvuelta incredulidad en el último siglo de la república; no se creará sino en el azar, en la fortuna; más tarde aun, en nada, á no ser en el placer desenfadado; después en el reposo de la muerte; sensualidades sin nombre, y después de la saciedad, el suicidio.

Así, entre los oscos y sabelienses, un culto sencillo con dioses innumerables; en la Etruria, una religión que quería dar cuenta de la vida y de la muerte, del bien y del mal;

(2) Caron ó Caronte con su maza pasó á Roma con el nombre de Plutón; él remataba á los gladiadores heridos en los juegos, cuando no valían la pena de curarlos.

(3) Era el *maximum auspicium* (Serv. in *Æn.* II, 693).

(4) Esta ciencia fué luego consignada en los llamados *libri fulgurales*.

que mostrando por doquiera la intervención arbitraria de los dioses, y en los fenómenos materiales una manifestación de sus caprichosas voluntades, hacía necesaria una clase de hombres, consagrados para la salud pública de la ciudad y los intereses privados de cada ciudadano, á la interpretación y á la expiación de los presagios. Todo esto había de entrar en Roma, el sacrificador latino ó sabino y el augur toscano, el culto popular y la religión sacerdotal.

Pero no vemos entrar en la ciudad eterna aquellos oráculos de la Grecia que fueron tantas veces la voz de la prudencia y del patriotismo, ni aquellos poetas sagrados del Oriente, cuyos cantos depuraron las creencias nacionales. En Italia, la religión que era un contrato con los dioses, más bien que una plegaria y un acto de reconocimiento, no abrió jamás los amplios horizontes en que el espíritu toma alas, y el genio latino fué herido de incurable esterilidad por este culto sin grandeza. Faltáronle las altas facultades, á lo menos para la invención, y no tuvo ni la filosofía, esa compañera cruel pero inevitable de las grandes religiones, porque es la investigación del ideal en el pensamiento, ni el arte, que es la investigación del ideal en el sentimiento y en la naturaleza. Mientras los gloriosos artistas de la Grecia penetraban con la mirada en el fondo del Olimpo para tomar de él la imagen de Zeus y de Atenea, velábase el romano la cabeza para llenar los ritos sagrados; temía ver á sus dioses y nunca tuvo en grande estimación á los que procuraban mostrárselos en mármol ó en bronce.

Pudieran reivindicarse aún, en nombre de las antiguas gentes de la península, las instituciones religiosas de Numa, y considerar las *Doce Tablas* como un monumento de las viejas costumbres italianas. Las leyes sobre el matrimonio, sobre la patria potestad, sobre la usura, pertenecen ciertamente á los tiempos más remotos, y la atrocidad de las penas recuerda la fría crueldad de las edades heroicas, como otras leyes y ciertos usos parecen tomados de una sociedad de pastores, todavía nómadas (1).

No olvidemos tampoco el derecho feacial establecido por los ecuos, el orden de batalla (*acies*) de los etruscos, cuya infantería cerrada en profundas filas parecía una muralla de bronce (*murum ferreum*); sus coronas de oro imitando las hojas de encina para recompensa militar; el armamento del soldado samnita, que vino á ser el del legionario, y el culto sencillo, la vida frugal, la educación severa de los pastores y de los labradores de la Sabina y del Lacio; el lujo y las artes de la Etruria; una multitud, en fin, de usos, que mostrarían ya á Roma en la antigua Italia, si no fuera menester añadir algo muy romano, la idea del Estado dominándolo todo, y esa admirable disciplina que, de elementos tan diversos, ha de formar una sociedad original y el imperio más poderoso que hasta entonces hubiera conocido el mundo.

## VIII

## RESUMEN

He aquí una excursión bien lenta á la antigua Italia; pero si no nos engañamos, este rodeo no habrá hecho más que abreviar nuestro camino. Y aunque en tan largo viaje no hayan alumbreado nuestros pasos sino confusos y vagos resplandores, hemos podido entrever los orígenes mismos de Roma, las instituciones de que salieran las suyas, los pueblos que, después de haber formado su población, le dieron sus más grandes hombres.

(1) Dornseiffen: *Vestigia vite nomadice tam in moribus quam in legibus romanis conspicua*.

En los fastos consulares se encuentran entre los cónsules de los años 510 á 460, volscos, auruncos, sículos, sabinos, rutulos, etruscos y latinos.

Entre las familias ilustres:

Los Julios, los Servilios, los Tulios, los Geganios, los Quincios, los Curacios, los Clelios, proceden de Alba;

Los Apios, los Postumios, y probablemente los Valerios, los Fabios, y los Calpurnios, que se decían descendientes de Numa, de la Sabina;

Los Furios y los Hostilios, de la Medulia en el Lacio;

Los Octavios, de Velitras;

Los Cinios (Mecenas era de esta familia) y los Licinios, de Arezzo;

Los Cecinas de Volaterras;

Los Vetcios, de Clusio;

Los Pomponios, los Papios, los Coponios, de Etruria;

Los Coruncanios y los Sulpicios, de Camerium;

Los Porcios, los Mamilios, la supuesta posteridad de Ulises y de Circe, de Túsculo; etc.

Entre los nombres célebres de la literatura romana, sólo dos, los de César y Lucrecio, pertenecen verdaderamente á Roma; todos los demás son italianos: Horacio es apulio; Ennio, mesapiano; Plauto, úmbero; Virgilio, mantuano; Estacio, de Elea; Nevio, de la Campania; Lucilio, de Suesa-Aurunca. Cicerón es volsco, como Mario; Ovidio, pelignio; Catón, tusculano; Salustio, Sabino; Tito Livio de Pádua; los dos Plinios, de Como; Cátulo, de Verona; Terencio era de Cartago. Esto, en cuanto á los hombres; pasemos á las cosas.

De Etruria vinieron á Roma: la división en tribus, curias y centurias, el orden de batalla, los ornamentos de los magistrados, la laticlava, la pretexta, la toga, el apex (2), las sillas curules, los lictores, todo el aparato de los triunfos y de los juegos públicos, las *nundinas* (3), el carácter sagrado de la propiedad y la ciencia augural, es decir, la religión del Estado.

Del Lacio, los nombres de dictador y de pretor, el derecho feacial, una religión sencilla que ponía bajo la protección de los dioses todos los trabajos de la vida campestre, el culto de Saturno, protector de la agricultura y el de Djano y Djana, el Sol y la Luna, reunidos en el doble Jano, en fin, hábitos agrícolas y la lengua misma.

Del Samnio y de la Sabina, el título de emperador, la armadura y los dardos de los soldados, costumbres severas y religiosas y divinidades guerreras.

(2) *Laticlava*, túnica guarnecida de arriba abajo con una amplia franja de púrpura tejida con la misma tela, é insignia de los senadores; *pretexta*, toga orlada de púrpura, que llevaban los magistrados; *apex*, tocado de los flamines y de los sacerdotes salios. Vese el apex en muchas monedas y monumentos, la laticlava en muy raras pinturas.

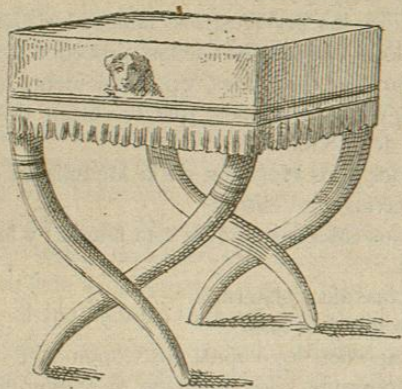
(3) *Nundinus* (*novem dies*) noveno día, ó día de mercado.

(4) Museo Borbónico, tom. VI, p. 41



Toga (4)

De todos los pueblos que la rodeaban, el patriciado ó el patronato, la división en *gentes*, la clientela, la autoridad paterna, el culto de los dioses lares y de los dioses fetiches;



Silla curul (1)

como el pan ó Ceres, la lanza ó Marte, las divinidades de los ríos, de los lagos y de las aguas termales.

(1) Museo Borbónico, VI, pág. 28.

En fin, como expresión fiel de esta formación de la sociedad romana, Rómulo y Tulo son latinos; Numa y Anco, sabinos; Servio y los dos Tarquinos, etruscos.

Léese en Plutarco esta bella y expresiva leyenda: Rómulo, — dice, — llamó de la Etruria hombres que le enseñaran las ceremonias y fórmulas sagradas. Hicieron abrir un foso al rededor del *Comitium* y cada uno de los ciudadanos de la nueva ciudad echó en él un puñado de tierra traída de su país natal. Después se mezcló todo y se dió al foso, como al universo, el nombre de mundo (2).

Así debían caer y mezclarse en el seno de Roma todas las nacionalidades italianas, todos los poderes, todas las civilizaciones del antiguo mundo. (1)

(2) El *mundus* de Rómulo era el mundo de los manes y de las divinidades subterráneas. Siempre que se fundaba una ciudad, se abría un *mundus*, donde se echaban las primicias de todos los frutos con objetos de buen augurio. Era una costumbre religiosa que existía hasta en Asiria, donde en los cimientos de las construcciones se ponían ídolos que debían protegerlas. Cuando nosotros ponemos medallas en la primera piedra de un edificio, hacemos algo análogo, con ideas muy diferentes, y esta costumbre que sólo sirve para fijar la fecha de la erección del monumento, es acaso un recuerdo muy remoto de un uso religioso que se habrá secularizado.



Janus. — As encontrado en Valterra.

# HISTORIA DE LOS ROMANOS

## PRIMER PERIODO

### ROMA EN TIEMPO DE LOS REYES (753-510)

#### FORMACION DEL PUEBLO ROMANO

#### CAPITULO PRIMERO

#### HISTORIA TRADICIONAL DE LOS REYES (1)

Ω; ἐν τοῖς πατρίοις Ἕλλησι. ἦν ὁ  
Πρωτότων ἐστὶ καὶ νῦν ἀδεύεται.

DEN., *Ant. Rom.*, I, 79

#### I. — RÓMULO (753 — 716)

Roma, la ciudad de la fuerza (2), de la guerra y de la matanza, se complació en poner un idilio á la cabeza de su terrible historia, y la ciudad de Nerón, dando á sus primeros días las virtudes de la edad de oro, comenzó sus legendarios anales por el reinado de Saturno, tiempos de inocencia, de paz y de igualdad que, por desgracia, no ha conocido ni conocerá jamás la humanidad.

Al principio, decían las tradiciones reinaba sobre los aborígenes del Lacio un rey extranjero, un hijo de Apolo, *Janus el Divino*, cuya mansión se alzaba en el *Janículo*. Su pueblo tenía las costumbres sencillas y puras, pero incultas y groseras de los primeros hombres. Desposeído del cielo Saturno por Júpiter, obtuvo de él la posesión del monte *Capitolino*; y en compensación ó premio de esta hospitalidad, el dios enseñó á los latinos el arte de cultivar el trigo y la vid. Es la edad agrícola, que empieza después de la edad pastoril, en que los hombres vivían de la caza y de las bellotas que recogían bajo las grandes encinas del

bosque latino. Saturno el *buen sembrador*, era también buen labrador, pues por mucho tiempo hubo de representarse con una hoz, de que las edades posteriores hicieron la guadaña del Tiempo desnaturalizando el tipo primitivo.

A Janus sucedieron su hijo Pico, que tuvo el don de los oráculos, y Fauno el *Bueno*, que acogió al arcadio Evandro, hijo de Mercurio y de la ninfa Carmenta. Evandro edificó una ciudad en el *Palatino* entonces cubierto de bosque y pastos, y extendió entre los indígenas el alfabeto griego y más dulces costumbres. Hércules también vino al Lacio, donde abolió los sacrificios humanos (3); casó con la hija de Evandro, mató en el Aventino, en medio de un espeso bosque, al bandido Caco, y apacentó los bueyes de Gerión en el lugar en que, andando el tiempo, consagró este recuerdo un buey de bronce erigido en su honor en el *Forum boarium*. Así, los dioses, semidioses y héroes se de tuvieron á orillas del Tiber. Era un presagio de la futura grandeza de la ciudad de las siete colinas, ó más bien las llevó allá la leyenda, cuando ya poderosa Roma, quiso que los inmortales hubieran rodeado su cuna.

(1) No queremos discutir las leyendas del período real. El lector dado á estos juegos de ingenio, digámoslo así, puede consultar los primeros tomos de Niebuhr, donde se refieren todas estas leyendas completadas y combatidas, y el tomo primero de Schwegler que las ha tomado y discutido de nuevo. En cuanto á nosotros, á las hipótesis, por ingeniosas y eruditas que sean, pero siempre tan inciertas como las tradiciones que refutan, preferimos la admirable relación de Tito Livio, sino como verdad, á lo menos como cuadro. ¿Qué importan, después de todo, los detalles más ó menos auténticos sobre la biografía de ciertos personajes? No hay más que una cosa seria y verdaderamente importante, y es saber cómo se formó esta singular ciudad, que vino á ser un pueblo, un mundo. Este problema nos ocupará más que muchas cuestiones insolubles ú ociosas, que desde Niebuhr tanto se agitan á la otra parte del Rin.

(2) Roma, en griego, significa *fuerza*, y su nombre secreto era acaso *Valentia*, del verbo *valere*, que tiene el mismo sentido.

(3) El profesor Capellini cree haber encontrado señales de antropofagia en la isla de Palmaria, y muchos hechos hacen pensar que este uso, existente aún en ciertas islas de la Océania, fué universal en las primeras edades de la humanidad. Ciertas costumbres romanas despertaban este recuerdo. Todos los años, dice Varrón (*de Ling. lat.*, VII, p. 44), arrojaban al Tiber las Vestales, desde lo alto del puente Sublucio, veinticuatro figuras de mimbre para reemplazar las víctimas humanas, que desde Hércules dejaron de echarse al río. Las llamadas *oscilla*, muñecos que se ponían sobre las puertas de las casas ó se colgaban en los árboles de la vecindad, recordaban también las cabezas humanas, que en otro tiempo se ofrecían á Saturno para rescatarse (*Macr. Sat.*, I, VII, 31, XI, 48). En las Lupercales tocaba el sacerdote con un cuchillo ensangrentado la frente de los dos jóvenes, y hasta en tiempo del imperio se degollaba en las ferias latinas á un condenado, cuya sangre rociaba el altar de Júpiter.